



KATHARINE HEPBURN

RBA

KATHARINE HEPBURN

Fernando Clemot

RBA

© Fernando Clemot por el texto

© de las fotografías: Age fotostock / The Hollywood Archive: cubierta; Age fotostock / American Philosophical Society: 33bd; Age fotostock: 55bd; Age fotostock / Ronald Grant Archive: 67; Age fotostock / Cinema Publishers / HA: 82; Age fotostock / Archives du 7e Art MGM: 91a, 111b; Age fotostock / Mary Evans / AF Archive: 111a; Age fotostock / IFPA: 114; Age fotostock / The Granger Collection: 175a, 181; Age fotostock / SNAP / Zumapress.com: 175bi; Age fotostock / Keystone Archives: 175bd; Getty Images / Bettmann: 12, 33a, 33bi, 79a; Getty Images / Alex Kahle: 55a; Getty Images / Keystone-France: 101; Getty Images / John Springer Collection: 123a; Getty Images / Nixon: 123b; Getty Images / Popperfoto: 147; Getty Images / John Bryson: 150; Getty Images / Time & Life Pictures: 185; Album: 21ai; Album / RKO Album: 46; Album / Granger, NYC: 135a; Album / Columbia Pictures: 159a, 159bi, 159bd; Houghton Collection / Katharine Houghton and The Harriet Beecher Stowe Center, Hartford, CT: 21bi, 21d; George Hoyningen-Huene: 55bi; Alamy / Cordon Press: 79bi, 79bd, 91b; Cordon Press: 135.

Diseño cubierta: Luz de la Mora.

Diseño interior: Tactilestudio.

© RBA Coleccionables, S.A.U., 2022.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2022.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: octubre de 2022.

REF.: OBDO116

ISBN: 978-84-1132-172-3

Realización: Editec Ediciones.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida

a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

❧ PRÓLOGO ❧

Katharine Hepburn fue designada, en junio de 1999, por el American Film Institute como la mayor estrella femenina de la historia del cine por encima de otras actrices como Greta Garbo, Bette Davis, Elizabeth Taylor o Ingrid Bergman. Katharine tenía entonces noventa y dos años. Una década antes, en 1984, una encuesta entre jóvenes norteamericanos los invitaba a designar a diez héroes contemporáneos: Katharine fue la única mujer que apareció en esa lista.

¿Qué es lo que convirtió a Katharine Hepburn en un icono del cine durante más de seis décadas? Kate no solo fue una actriz de un talento descomunal, sino que su larga trayectoria es el hilo que cose la historia del cine: su primera aparición en una película se produjo en 1932 y la última, en 1994. Kate vivió todos los grandes cambios de Hollywood, su gloria y decadencia: la época de los grandes estudios y los actores que venían del teatro y del cine mudo, el final de la RKO, la pujanza de la Metro, las limitaciones de la guerra, las purgas del macartismo, el final del Hollywood clásico a finales de los cincuenta, las

mutaciones sociales de los sesenta, la crisis de los grandes estudios en los setenta y la entrada de la televisión en sus últimos años.

Hija de un médico y de una activista sufragista —que desde que tuvo uso de razón la introdujo en la lucha por la igualdad de género—, nada hacía pensar que la mayor de los Hepburn-Houghton podría decantarse por la interpretación. No había ningún precedente anterior e incluso su familia desdeñaba el mundo del espectáculo. Pero Kate estaba llamada a actuar y a convertirse en una gran estrella. Después de graduarse en la prestigiosa Bryn Mawr, una escuela universitaria femenina, dio sus primeros pasos en Broadway y de ahí saltó a Hollywood. Kate era ambiciosa, a veces en exceso, y, una vez que decidió que su futuro estaba en la interpretación, persiguió su sueño con pasión.

Sus inicios no fueron fáciles y Kate tuvo que pelear muy duro para hacerse un lugar. Aun así, siempre se mantuvo fiel a sus principios y a su estilo. Ya desde sus comienzos en las tablas de Broadway, Kate se negó a usar maquillaje y se vestía con pantalones y ropa masculina, como si el glamur la trajera sin cuidado. Su aspecto de rebelde y un atractivo fuera de la norma la llevaron inicialmente a no ser comprendida por los estudios. Le costó encajar, hallar su lugar. Tanto es así que, después de encadenar un fracaso cinematográfico tras otro, los críticos la bautizaron con el cruel sobrenombre de «Veneno para la taquilla». Pero Kate se sobrepuso y, después de tomarse un tiempo alejada de Hollywood, logró regresar con el guion de una película que la haría famosa: *Historias de Filadelfia*.

La clave de su triunfo estuvo en su inconformismo y en una actitud combativa que siempre la hizo ir más allá de sus propios límites. Sus padres le habían enseñado a ser

franca, directa y segura de sí misma, cualidades en las que se apoyaría durante toda su vida. En un momento de la historia del cine en el que los estudios controlaban la carrera e incluso la vida privada de sus actores, ella logró la autonomía para elegir sus propios papeles y dirigir su vida profesional sin ceder jamás a otra cosa que no fuera su deseo. No le importó correr riesgos y nunca dio su brazo a torcer. Ni tan siquiera con magnates de la industria tan poderosos como Louis B. Mayer, dueño de la Metro-Goldwyn-Mayer, a quien, después de comprarle a Hepburn los derechos de *Historias de Filadelfia*, no le quedó más remedio que claudicar ante las condiciones de la actriz y permitirle hacer la película a su manera.

Como actriz, Kate fue muchas mujeres: una hija tierna en los melodramas; la joven divertida y chispeante de las comedias *screwball* en los años treinta, o la pareja artística (y sentimental) de Spencer Tracy, con quien logró crear uno de los mejores duos cinematográficos que ha conocido Hollywood. Cuando Tracy murió, ella supo adaptar su talento a propuestas mucho más arriesgadas e innovadoras que llegaban de la mano de una nueva generación de realizadores norteamericanos y europeos, al final de los años sesenta y en los setenta.

Su historia de amor con Spencer Tracy es, quizá, uno de los puntos de su vida más conocidos y, a la vez, más controvertidos. Coincidieron durante el rodaje de *La mujer del año* y el flechazo fue instantáneo. Él se quedó cautivado de su fuerza y temperamento; ella, de su inteligencia y carisma. Cuando lo conoció, Hepburn le dijo: «Me parece, señor Tracy, que es usted demasiado bajito para mí». Así comenzó un vínculo intenso, apasionado y prohibido. Spencer estaba casado y nunca consiguió juntar el coraje necesario para divorciarse de su esposa y establecerse con

Kate. Curiosamente ella aceptó esta situación irregular con gusto. Jamás convivieron. Esta fue una de las cláusulas de este amor sin etiquetas. «Si lo hubiese dejado, los dos habríamos sido desgraciados», dijo ella alguna vez. Así es el amor. Con reglas propias para cada pareja.

En todos los demás aspectos de su vida, Kate también siguió sus propias normas. Dueña de una personalidad muy marcada, tanto que la tachaban de arrogante y altiva, jamás prestó atención alguna a los comentarios de los demás. «Los enemigos son muy estimulantes», afirmó en más de una ocasión. Porque si algo caracterizaba a la Diosa (como la llamaban en Hollywood tanto directores como actores) era esa independencia absoluta y esa falta de atención al qué dirán.

Kate conoció también la tragedia cuando a los trece años descubrió el cadáver de su hermano Tom, que se había suicidado. Este hecho la marcó profundamente y sembró en ella una tristeza de la que nunca consiguió recobrase del todo y que ahogó a fuerza de trabajo, de voluntad y de autoexigencia. Tal arrojo y fortaleza la llevaron a labrarse una de las carreras más largas y admirables del cine, pero también a transformarse en un modelo para muchas mujeres. Katharine Hepburn fue mucho más allá de los platós y de los escenarios: se convirtió en un fenómeno social, un verdadero arquetipo de la mujer de nuestro tiempo, independiente e inconformista. Algo que ya habían empezado a dibujar actrices como Greta Garbo o Marlene Dietrich, pero que ella llevó a su máxima expresión gracias a su determinación.

Por último, Kate fue dueña de una coherencia abrumadora. Odió toda su vida ser una celebridad y se mantuvo a salvo de las tentaciones de la fama. Ganadora en cuatro ocasiones de los Premios Óscar, no acudió jamás a la

ceremonia, ni en estas ocasiones ni en las muchas otras en las que fue nominada. La gran fiesta de Hollywood le parecía frívola y alejada de la seriedad que ella creía que debía tener un galardón de cine. Solamente apareció una vez para entregar un premio y lo hizo vestida con un pijama. Única e irrepetible, el director Frank Capra llegó a afirmar de ella: «Hay mujeres y luego está Kate».



Una joven Katharine Hepburn en The Warrior's Husband («El marido de la guerrera»), obra de teatro que se llevó a las tablas en 1932. Gracias a su brillante interpretación de Antíope, Kate logró llamar la atención de los productores hollywoodienses y empezó a hacer realidad su sueño de

convertirse en actriz.

1

SUEÑOS DE JUVENTUD

Nací dentro de un mundo en el que era
totalmente deseada,
amada y apreciada. Si tienes esa
sensación,
empiezas la vida con dicha.

KATHARINE HEPBURN

Era una bicicleta preciosa y hecha especialmente para ella, le había dicho su padre. ¿Era consciente de cuántas niñas deseaban un regalo como aquel? Katharine estaba de acuerdo en que era una bicicleta muy bonita, pero no se animaba a subirse. Estaban en la cima de una de las colinas del parque Keney, en Hartford, una ciudad en el estado de Connecticut famosa por ser el lugar donde Mark Twain escribió sus principales obras. La cuesta era allí muy pronunciada y su padre, el doctor Thomas Hepburn, pretendía que la niña la bajara montada en la bicicleta sin enseñarle antes a pedalear. «Aprenderás sobre la marcha», le había asegurado. Pero ¿cómo?, se preguntaba Katharine, que por aquel entonces tenía tres años y la sensación de estar ante un reto imposible.

—Sube —insistió el padre.

Katharine buscó con la mirada a su madre y a su hermano Tom, pero estos se habían quedado rezagados y no podían ayudarla. ¿Qué podía hacer? No quería decepcionar a su padre, así que subirse a la bicicleta parecía ser su única opción. De modo que haciendo acopio de todo el coraje del que fue capaz, la pequeña se sentó en

el sillín y en ese preciso momento, completamente a traición, su padre la empujó colina abajo. Fue un momento horrible. Nunca había pasado tanto miedo. La bicicleta rodaba a una velocidad desconcertante y Katharine sentía el viento golpeándole la cara. Gritó y a sus espaldas oyó que su padre gritaba también:

—¡Frena!

Pero ¿cómo iba a frenar? ¡No tenía ni idea de cómo hacerlo! Estaba a punto de estamparse contra un árbol cuando un paseante se apiadó de ella y detuvo su loca carrera. Su padre llegó hasta ella corriendo y la riñó sin contemplaciones. A Katharine aquello le pareció tan injusto que se puso a llorar. ¿Cómo podía regañarla cuando estaba aún tan asustada?

—De esto que ha pasado hoy aprenderás una lección. Y deja de llorar. No me gustan los llorones.

No, al doctor Hepburn no le gustaban los llorones. Thomas, a quien los amigos llamaban Hep, era un hombre orgulloso y un eminente urólogo especializado en enfermedades venéreas; Kate, o Kit, su esposa, tenía estudios superiores y era una de las voces más importantes de la causa del voto femenino y el control de natalidad de toda Nueva Inglaterra. En ese hogar, con unos padres jóvenes y aparentemente liberales, había nacido Katharine el 12 de mayo de 1907. Su hermano mayor, Tom, había llegado al mundo dos años antes y a los dos hijos mayores los siguieron cuatro hermanos más: Dick, Robert, Marion y Peggy. Los Hepburn conformaban una familia numerosa y moderna. Era frecuente que en las conversaciones de aquella casa, en la mesa o al acabar de cenar, se hablara de enfermedades de transmisión sexual o de prostitución, temas que estaban absolutamente vetados en todos los hogares respetables del país. También era habitual que los

padres se pasearan desnudos por la casa, algo todavía aún más extraño para la época, pero Kate y sus hermanos lo asumían con la más absoluta naturalidad.

Todo en el hogar de los Hepburn parecía revestido de una pátina de desenfado y modernidad y justamente por eso resultaba bastante chocante la severidad con la que Thomas trataba a sus seis hijos. No era raro que los obligara a ducharse con agua fría para fortalecer su sistema inmunológico y recurría con frecuencia al castigo físico. Los familiares más cercanos atribuían el comportamiento de Thomas a sus sentimientos de inferioridad respecto a los Houghton. Thomas Hepburn no era de Nueva Inglaterra; provenía de una familia de Virginia empobrecida durante la Guerra de Secesión, y la gente aventuraba que estaba resentido por eso. Los Houghton eran unos privilegiados mientras que él era un hombre hecho a sí mismo, o así quería mostrarse. La férrea disciplina con la que sometía a los suyos era una forma de mostrar su valía o incluso su superioridad moral. Por otro lado, Thomas era un hombre sumamente ambicioso y sediento de bienes materiales. Así pues, poco tiempo después del episodio de la bicicleta, mudó a su familia de la pequeña casa en la que había nacido Katharine a un domicilio a la altura de sus expectativas: en la lujosa calle Hawthorne muy cerca de las mansiones donde había vivido el propio Mark Twain o la escritora Harriet Beecher Stowe. También se compró un coche nuevo y amplió el servicio doméstico más allá de sus posibilidades.

Aquellos desvelos de nuevo rico de Thomas Hepburn no parecían preocupar a la madre de Katharine. Kit Houghton le cedía el peso del control de la casa a su marido a cambio de que él la dejara hacer a su antojo. Las rutinas del hogar y la educación eran tareas que la abrumaban y aburrían

sobremanera. ¿Cómo no iba a ser así? Ella había estudiado Historia y Ciencias Políticas en el Bryn Mawr College y tenía un máster en Radcliffe. Sus semanas estaban plagadas de viajes y mítines en todas las ciudades importantes de la costa Este: Boston, Nueva York, Filadelfia, Washington. Para ella la vida familiar de Hartford era solo un lugar donde tomar fuerzas.

Katharine, a quien en casa llamaban cariñosamente Kate, notaba las ausencias de su madre, pero por suerte tenía a sus hermanos, y en especial a Tom, al que adoraba y con el que compartía secretos y confidencias. Tom era un chico sensible, de cara pálida, que a los seis años había sido diagnosticado de la enfermedad de Huntington, vulgarmente conocida como baile de San Vito, una rara dolencia neurológica degenerativa que produce alteraciones psiquiátricas y motoras. Para Katharine era doloroso ver cómo la cara de su hermano, a causa de un tic derivado de la enfermedad, se transfiguraba repentinamente en una mueca, pero más doloroso le resultaba aún que los chicos del barrio se burlaran de él. ¿Cómo podían ser tan crueles?

El doctor Hepburn, por su lado, opinaba que la actividad física era la única forma de que Tom pudiera plantarle cara a la enfermedad, por lo que le exigía no solo que practicara deporte de forma constante, sino que además tuviera un excelente desempeño. Tom se esforzaba al máximo para estar a la altura de las expectativas paternas, pero no siempre lo conseguía, lo cual lo frustraba muchísimo. Kate sufría viendo los padecimientos de su hermano y sentía que debía protegerlo. Años después, lo recordaría así en sus memorias:

Mi hermano Tom fue el hombre más importante de mi vida. Pero vivió

una vida incompleta. Lo admiraba tanto... Yo era más joven y una chica, pero era más atlética por naturaleza. Creo que Tom era más inteligente que yo, pero no era eso lo que mi padre valoraba. Él siempre daba por sentada nuestra inteligencia.

Y ¿qué valoraba entonces el doctor Thomas Hepburn de sus hijos? A Kate le resultaba imposible determinarlo. Bien visto, nunca parecía estar plenamente satisfecho con ellos. Sin embargo, también era capaz de mostrarse como un gran apoyo moral. Kate, por ejemplo, odiaba tener el pelo rojizo, ella habría preferido ser rubia o morena, y tampoco le gustaban sus pecas, pero cuando en una ocasión se lo confesó a su padre, este, tomándola tiernamente de los hombros, le dijo: «Jesús, Alejandro Magno y Leonardo da Vinci tenían pecas y el pelo rojizo y lo hicieron todo bien». A partir de ese día, Kate supo que no tenía de qué preocuparse.



Criada en aquella casa desbordante de autoconfianza y libertad, a los diez años Kate lucía un aspecto bastante llamativo: le gustaba ir con el pelo muy corto, vestir con ropa de chico y se hacía llamar Jimmy, lo cual le reportaba no pocas bromas de los niños del barrio. Kate fingía no darle importancia, pero en el fondo esos comentarios le dolían. Ella lo único que quería era divertirse igual que los chicos porque pensaba, no sin razón, que las niñas tenían menos derechos. Por suerte, en su casa nadie le insistía en que fuera modosa o pulcra ni la instaban a que se comportara como una señorita. Todo lo contrario: Thomas y Kit la animaban a enfrentar nuevos retos, a ser valiente y fuerte.

El bienestar y la bonanza económica en casa de los